

ALFAGUARA



William Faulkner

La mansión

Traducción de José Luis López Muñoz

---

## Prólogo del autor

Este libro es la última parte y la recapitulación de una obra concebida y empezada en 1925. Como al autor le gusta creer que el trabajo de toda su vida es parte de una literatura viva, y tiene la esperanza de que así sea, dado que «vida» es «movimiento», y «movimiento» es cambio y transformación, y que, por consiguiente, la única alternativa al movimiento es su falta, es decir, la estasis, la muerte, no duda de que se encontrarán discrepancias y contradicciones en el progreso de esta crónica a lo largo de treinta y cuatro años; el objeto de esta nota es, sencillamente, hacer saber al lector que el autor ha encontrado ya más discrepancias y contradicciones de las que espera que descubra el lector; contradicciones y discrepancias debidas al hecho de que el autor ha aprendido más, al menos eso cree, acerca del corazón humano y de sus dilemas, de lo que sabía hace treinta y cuatro años; y está convencido de que, después de haber vivido con los personajes de esta crónica todo ese tiempo, los conoce mejor que cuando empezó a escribir acerca de ellos.

WILLIAM FAULKNER

Mink

---

## Uno

El jurado dijo «Culpable» y el juez «Cadena perpetua», pero Mink no los oyó. No estaba escuchando. En realidad no había sido capaz de escuchar desde aquel primer día en que el juez golpeó repetidamente con el pequeño mazo de madera la mesa situada sobre el estrado hasta que él, Mink, volvió los ojos, fijos en la puerta más alejada, para ver qué demonios quería aquel individuo, y el otro, el juez, adelantando el cuerpo por encima de la mesa, le gritó: «¡Escúcheme, Snopes! ¿Mató a Jack Houston o no lo mató?» y él, Mink, respondió: «No me moleste ahora. ¿No ve que estoy ocupado?». Luego volvió la vista hacia la puerta del fondo, gritando, él también, hacia, contra, por encima de la pared de insignificantes rostros descoloridos que le rodeaba: «¡Snopes! ¡Flem Snopes! ¡Alguien que vaya a buscar a Flem Snopes y que lo traiga! ¡Le pagaré..., Flem le pagará!».

Porque no había tenido tiempo de escuchar. De hecho, el primer viaje desde la celda hasta el tribunal, que hizo esposado al ayudante del sheriff, no fue más que una estúpida injerencia, de una imbecilidad verdaderamente escandalosa, y una interrupción, como todos los trayectos y traslados posteriores, siempre esposado, a la solución final de los problemas de los dos —los suyos y los de la maldita Justicia—, cuando lo que tenían que hacer era limitarse a esperar un poco y a dejarlo tranquilo: permitirle vigilar, las manos sucias asomando entre los mugrientos intersticios de los barrotes de la ventana, atendiendo, durante los largos meses desde que lo detuvieron hasta el comienzo del juicio, a lo que era su más imperiosa necesidad.

Al principio, durante los primeros días tras los barrotes de la ventana, tan sólo le impacientaba su propia impaciencia y —sí, también lo admitía— su misma estupidez. Mucho antes de que llegara el momento en que tuvo que apuntar y disparar,

sabía que su primo Flem, el único miembro de su clan que poseía el poder (y los motivos), o del que al menos se podía esperar que le librara de las consecuencias de su acción, no estaría allí para hacerlo. Sabía incluso por qué Flem tardaría al menos un año en volver; Frenchman's Bend era demasiado pequeño: todo el mundo estaba al cabo de la calle acerca de todo, y habían comprendido que el viaje a Texas no era más que una excusa, incluso sin la conmoción y los interminables comentarios que la chica de los Varner había causado desde que ella misma (o quienquiera que fuese) descubrió la primera sombra de vello en sus partes, por no hablar de la última primavera y verano, cuando el condenado McCarron localizaba a todos sus rivales y se peleaba con ellos hasta ponerlos en fuga como si fueran machos tras una perra en celo.

Así que mucho antes de que Flem se casara con ella, él, Mink, y todos los habitantes de Frenchman's Bend y hasta de quince kilómetros a la redonda sabían que el viejo Will Varner tendría que casarla con alguien, y de prisa, si para la primavera siguiente no quería encontrarse con un bastardo en el patio trasero de su casa. Y cuando finalmente fue Flem quien se casó con ella, él, Mink, tampoco se llevó una sorpresa. Se trataba de Flem, con su buena suerte habitual. Bueno, sí; algo más que suerte en este caso; el único habitante de Frenchman's Bend que se había enfrentado al viejo Will Varner y había mantenido el tipo; que más o menos ya había eliminado a Jody, el hijo del viejo Will, sacándolo del almacén, y que ahora estaba preparando las cosas para quedarse con la mitad de lo demás por el hecho de ser el yerno del propietario. Nada más que por casarse con ella a tiempo y evitar que trajera al mundo a un bastardo, a Flem, además de ser esposo legítimo de la condenada chica que desde que cumpliera los quince años, y simplemente con caminar, tenía alborotados a todos los varones de Frenchman's Bend menores de ochenta, le habían pagado por ello: no sólo el derecho a meter la mano, siempre que se le ocurriera, por debajo de aquel vestido que hacía que un hombre se excitara sólo con pensar en la mano de otro haciéndolo, sino que había recibido gratis, por hacerlo, la escritura de propiedad de la finca del Viejo Francés.

Por eso sabía que Flem no estaría allí cuando lo necesitara, dado que a él y a su mujer no les quedaba otro remedio que permanecer lejos de Frenchman's Bend por lo menos el tiempo suficiente para no tener que decir que lo que traían consigo sólo tenía un mes, porque en ese caso todo el que lo mirara se moriría de risa. Si bien cuando por fin llegó el momento, cuando se presentó el instante en que no pudo retrasar por más tiempo apuntar y apretar el gatillo, se olvidó de eso. No, no era cierto. No lo había olvidado. Sencillamente no pudo esperar más: Houston no le permitió seguir esperando; y ésa fue una ofensa más de su enemigo en el acto mismo de morir: obligarle a él, a Mink, a matarlo en un momento en que la única persona con poder para salvarlo y que hubiera tenido que hacerlo tanto si quería como si no, en razón de las antiguas leyes inmutables de la consanguinidad, estaba a mil quinientos kilómetros de distancia; y esta vez la ofensa era irreparable, porque en el mismo momento de cometerla Houston escapó para siempre a toda posibilidad de retribución.

Mink no había olvidado que su primo no estaría allí. Simplemente no podía esperar más. No le había quedado más remedio que confiar en *ellos*. *Ellos* eran los que habían asegurado que no caía un gorrión del cielo sin su conocimiento. Con la palabra *ellos* Mink no se refería a quienquiera que fuese que la gente llamaba Viejo Patrón. Mink no creía en ningún Viejo Patrón. Había visto demasiadas cosas en su vida, y si existiera algún Viejo Patrón, de mirada tan penetrante y tanto poder como se afirmaba que poseía, tendría que haber intervenido ya en algún momento. Además, él, Mink, no era religioso. No había puesto los pies en una iglesia desde los quince años y no tenía intención de hacerlo, puesto que era un sitio donde un hombre con un agujero en el estómago y una comezón en la entrepierna que no conseguía calmar en casa solía, atribuyéndose el título de dispensador de la palabra divina, reunir convenientemente al mayor número posible de mujeres a las que tentar ofreciéndoles el trabajo de un órgano a cambio de la satisfacción de otro; el trabajo de llenarle a él un agujero como pago por taparles el suyo la primera vez que su marido saliera al campo y las interesadas pu-

dieran llegarse hasta los matorrales donde las esperaba el predicador; las esposas acudían atraídas por el ofrecimiento más ventajoso que conocían para canjear un plato de pollo frito o un pastel de batata; y los maridos acudían no para interrumpir el trueque, puesto que sabían que no lo podían interrumpir ni estar a su altura, pero sí al menos para tratar de descubrir si el nombre de su mujer encabezaba aquel día la lista de espera o si aún le quedaba tiempo de abrir los últimos surcos antes de atarla a la pata de la cama y esconderse detrás de la puerta, esperando; en cuanto a los más jóvenes, ni siquiera se molestaban en entrar en la iglesia, sino que eran los primeros en correr por parejas a esconderse detrás del matorral que les quedaba más a mano.

Mink se refería simplemente al *ellos, él, ello* —como se lo quiera llamar—, que representa una simple justicia fundamental y una equidad en los asuntos humanos, porque, de lo contrario, a un hombre más le valdría desaparecer; *ellos, él, ello*, llámesele como se quiera, no podían, no era posible que hostigaran y atormentaran eternamente a un individuo sin que algún día, en algún momento, se le permitiera en recompensa vengarse, llegar al ojo por ojo y al diente por diente. Podían acosarlo y hacerle la vida imposible, o sencillamente sentarse y contemplar cómo todo se le ponía en contra sin oportunidad de responder, dando casi la impresión de que todo sucedía de acuerdo con un modelo preestablecido; sentarse sencillamente y mirar y disfrutar con ello (¿por qué no? a un hombre no le importaba, siempre que fuese hombre y se mantuviera la justicia); quizá lo estaban poniendo a prueba para ver si era hombre o no, lo bastante hombre para soportar un pequeño hostigamiento y algunas preocupaciones y tener por tanto derecho a devolver el golpe cuando le llegara la vez. Porque sin duda llegaría el momento en que le tocara el turno, después de que se hubiera ganado el derecho de manera justa y equitativa, de la misma forma que *ellos* se habían ganado el derecho a ponerlo a prueba e incluso a disfrutar con la prueba; llegaría el momento en que tendrían que demostrarle que eran tan hombres como Mink les había demostrado que lo era él; porque entonces ya no tendría que depender de *ellos* sino que se habría ganado el derecho a que

le fuesen fieles; y que no se atrevieran (no se atreverían) a dejarlo en la estacada, porque de lo contrario después les sería tan difícil vivir con su conciencia como le había resultado a él mantener la autoestima después de aguantar todo lo que había tenido que aguantar de Jack Houston.

De manera que aquella mañana sabía que Flem no iba a estar allí. Pero ya no podía esperar más; había llegado el momento de que Jack Houston y él dejaran de respirar el mismo aire. Así que, al faltarle su primo, tuvo que recurrir al derecho a depender de *ellos*, derecho que había ganado no pidiéndoles nunca nada.

Comenzó en la primavera. No; comenzó el otoño anterior. No; comenzó incluso mucho antes. Empezó en el momento mismo en que Houston nació, lleno ya de arrogancia, de intolerancia y de orgullo. No en el momento en que los dos, Mink Snopes incluido, empezaron a respirar el mismo aire del norte de Mississippi, porque él, Mink, no era pendenciero. No lo había sido nunca. Simplemente, la mala suerte llevaba hostigándolo y acosándolo toda la vida, provocando la constante y sempiterna necesidad de defender sus derechos más elementales.

Aunque tan sólo durante el verano anterior al último otoño el destino de Jack Houston se había cruzado finalmente con el suyo, con el de Mink, lo que constituía otra faceta del agravio: que nada, ni siquiera *ellos*, *ellos* menos que nadie, se había dignado advertirle de cuál sería el desenlace de aquel primer encuentro. Todo esto sucedió después de que la joven esposa de Houston entrara en el establo del semental buscando el nido donde una gallina ponía sus huevos y el caballo la matara, cuando cualquier persona decente habría pensado que ningún marido que mereciera ese nombre volvería a tener un semental por muchos años que viviera. Pero no Houston. Houston no sólo era lo bastante rico para poseer un semental de pura sangre capaz de matar a su mujer, sino lo bastante orgulloso e intolerante como para prescindir de todo decoro y, después de matarlo de un tiro, dar media vuelta y comprar otro exactamente igual, quizá por si acaso volvía a casarse; lo bastante rico como para mostrarse tan desconsolado por la muerte de su mujer que



ni siquiera los vecinos se atrevían a llamar a su puerta, pero sin dejar por ello de ir dos o tres veces por semana a toda velocidad a lomos del futuro asesino, con el enorme perro corriendo como un galgo o como otro caballo a su lado, hasta el almacén de Varner y, una vez allí, no bajarse siquiera de la silla: los tres esperando en el camino —el hombre arrogante, inflexible, el caballo de mirada atravesada y el perro que enseñaba los dientes y erizaba el pelo cada vez que alguien se le acercaba— mientras Houston encargaba a quienquiera que se encontrara en la galería, tratándolo como si no fuera más que un negro, que pidiera en el almacén lo que fuese que había venido a buscar.

Hasta una mañana en que él, Mink, cuando iba camino del almacén (no tenía caballo para ir a por una lata de rapé o un frasco de quinina o un poco de carne) y acababa de alcanzar la cumbre de una pequeña colina, oyó al semental tras él, que se acercaba a gran velocidad; le hubiera cedido todo el camino a Houston si hubiera tenido tiempo, pero el caballo ya se le echaba encima, y el jinete tuvo que tirar salvajemente de las riendas para no derribarlo, y el maldito perro le pasó tan cerca al saltar que casi le rozó el pecho, al mismo tiempo que le gruñía en plena cara. Houston hizo girar en redondo al caballo, reteniéndolo mientras danzaba y corcoveaba, para gritarle: «¿Por qué demonios no saltó cuando me oyó venir? ¡Quítese del camino! ¿También quiere que le machaque los sesos antes de que consiga sujetarlo?».

Bien; tal vez fuera aquella su manera de afligirse por la esposa que quizá no había matado con sus propias manos y por la que incluso había pegado un tiro al caballo asesino. Pero aún era lo bastante arrogante o lo bastante rico para comprar otro exactamente igual, cosa que a él, Mink, ni le iba ni le venía, sobre todo porque lo único que había que hacer era esperar a que, antes o después, aquel caballo que era un hijo de mala madre terminase también con Houston; sólo que a continuación sucedió algo imprevisto con lo que Mink no había contado.